

FRAGMENTO OREJAS

NELSON BARRALES

Copyright © [Year of First Publication] by [Author or Pen Name]

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

CONTENTS

1. OREJAS EL PERRITO DE LA CALLE

1

CHAPTER ONE

OREJAS EL PERRITO DE LA CALLE

Nadie como yo sabe lo que significa rebuscárselas para obtener alimento, hurgar entre la basura, romper las bolsas. Muy perro seré, pero igual es desagradable pasar mi nariz entre toda la porquería que botan los humanos, pañales de guagua sucios, aunque debo reconocer que algunos saben muy bien a pura leche pero, en serio, no es fácil ser un quiltro y sobrevivir en la calle. En esta hay mucho peligro: los autos, perros grandes y matones y, lo peor, las personas, no todas, pero de la mayoría hay que cuidarse, pueden llegar a ser muy crueles si se lo proponen.

No recuerdo exactamente cómo llegué a vivir en la calle. Sé que desde cachorrito me las tuve que arreglar. Un día, después de haber llorado de hambre y sed, me eché a caminar sin rumbo. Debo haber cruzado más de la mitad de la gran ciudad, entre parques y calles, sin poner cuidado. De milagro no me pasó nada; de hecho, creo que sí

pudo haberme pasado algo, de no ser por Lengua, sí, él ha sido el único amigo de verdad que he tenido y al único que de verdad he querido. Lo conocí esa tarde cuando, entregado a lo que fuera que pudiera pasarme, crucé una avenida muy grande, con los ojos cerrados y el hocico apretado, esperando el golpe que me libraría del sufrimiento y abandono que sentía.

En efecto, sentí un golpe y una voz chillona que me decía: —¡Vamos, corre rápido! —y de manera involuntaria corrí tras él, crucé entre bocinazos y frenadas, pero crucé a salvo y ahí estaba Lengua. Le puse así porque le encantaba lengüetear, y eso hizo cuando crucé, me lengüeteó por todos lados, saltaba de felicidad y me preguntaba una y otra vez: —¿Estás bien?, ¿estás bien?... —saltaba y corría contento, me preguntó si quería ser su amigo y cuál era mi nombre. ¿Un nombre?

Me di cuenta de que no tenía nombre. ¿Cómo podía tener nombre un perrito abandonado al nacer?... suspiré y respondí, con vergüenza: —No tengo nombre. —Me miró con ternura y preocupación, me dio unas lengüetadas y me dijo: —Vamos, eso no importa, yo te pondré un nombre. —Me miró como analizándome, como haciendo un perfil que encajara con un nombre y, de pronto, saltó encima mío y, para variar, me dio lengüetazos al tiempo que gritaba con su voz de pito: —Orejas, ese es tu nombre. A partir de ahora debes responder a quien te pregunte. Tienes unas hermosas y grandes orejas que te hacen único.

No sé si fue por el entusiasmo que Lengua ponía en todo o sencillamente porque por primera vez sentí que le importaba a alguien, como sea, tener un nombre significó un antes y un después. Bueno, después de todo el alboroto causado por mi espontáneo bautizo, le pregunté a mi nuevo amigo... en realidad debería decir a mi primer y único amigo: —¿Cuál es tu nombre? —Negro —respondió—, ese es mi nombre, bueno, así me llamaban mis dueños. —Se echó sobre sus cuatro patas y puso su cabeza entre sus manos. Vi cómo brillaban sus

ojos al punto de que ya se le caían las lágrimas, y comenzó a contarme. Me eché frente a él e inició su relato.

—Yo nací junto a tres hermanos. Mi madre y mi padre eran, según oí, de muy buen pedigrí. —De inmediato lo interrumpí y pregunté: —¿Qué significa eso, pedi... no sé qué? —Soltó una carcajada que por unos momentos lo sacó de la profunda melancolía en la que estaba entrando. —Pedigrí es una palabra que usan los humanos para clasificarnos, es algo así como la clase social alta de los perros. —Ah, entiendo, entonces si tú eres un perro de clase social alta, ¿qué haces en la calle? —pregunté—. —Bueno, eso es lo que trato de contarte, déjame seguir con la historia que, de hecho, nunca la he contado a nadie —y prosiguió.

—Como te contaba, mis tres hermanos nacieron con su pelaje amarillo o, como dirían los humanos, “rubio”, igual que papá y mamá, pero yo nací completamente negro, según oí decir a mis amos. El día en que mi madre se embarazó se arrancó a la casa de al lado durante toda la mañana. Todo indicaba que el perro del vecino era un amor imposible para mi madre; por cierto, era un perrote negro gigante.

Como sea, no pasó más allá de un incidente y mis amos no le dieron importancia y nunca se enteraron de que esa mañana fue una mañana de amor. Eso explica por qué solamente yo nací negro y, bueno, ellos como viven de apariencias, el mismo día en que nací me dejaron en esta plaza. Recuerdo que antes de desaparecer me miró, acarició mi cabeza y dijo: —No te preocupes, vendré por ti. —Desde entonces estoy aquí esperando, han pasado quince meses, pero sé que vendrá. —Dio un profundo suspiro y se esforzó por evitar que una lágrima rodara por su hocico.

En cuanto a mí, no pude evitar sollozar, no podía entender los motivos que llevaron a esa familia a abandonarlo justo después de nacer, sabiendo que lo más probable era que muriera de hambre; al

menos yo tuve más oportunidades, ya estaba algo criado y alcancé a colgarme de la teta de mi mamá pero, como dije, los humanos pueden ser muy crueles si se lo proponen.

Ambos quedamos sumidos en la reflexión y la pena. Creo que nuestros lastimeros gemidos eran oídos por los transeúntes, pero estos pasaban completamente indiferentes e ignorantes de nuestro sufrimiento. Hice un gran esfuerzo y me reincorporé de un salto que, de hecho, hizo brincar a Lengua, sacándolo bruscamente de su melancólico trance. —Vamos, muéstrame el sector, muéstrame los escondites de tu barrio, quiero saberlo todo, vamos, Lengua—. —Sonrió y se levantó dando saltos y me dijo: —Vamos a ver el sector. Mira estos juegos; bueno, aquí cada tarde vienen las personas con sus hijos, en su mayoría madres con sus pequeños, quienes disfrutan columpiándose o lanzándose en estos resbalines. Yo siempre me pongo abajo de los resbalines, porque ahí solo pueden verme los niños; es demasiado bajo para que sus padres me vean porque, de ser así, seguro que me correrían a peñascazos. Además, siempre recibo uno que otro caríñito de algunos niños que aún conservan su inocencia y pueden todavía tener gestos amables.

Al otro extremo están las banquetas, ahí se sientan los enamorados, pero no debes ir, ese es el territorio de Jonás, el terrible, un perro viejo pero muy territorial y, si te pilla en sus dominios, te dará unas mordeduras que te marcarán para siempre, si no te mata a la primera. —¿Pero dónde vives?, ¿dónde pasas la mayoría del tiempo? —Ah, bueno, aquí donde te encontré. Ocurre que este es el mejor lugar para observar la panadería, por si mi dueño regresa por mí, no quiero que piense que me he ido a otra parte. —Otra vez su mirada se perdía a la distancia; aún después de casi dos años conservaba intacta la esperanza de que su dueño, el mismo que lo abandonó sin piedad, vendría a buscarlo como le dijo.

Esto demuestra que el amor de un perro es para toda la vida; gruñí disimuladamente y lo traje de regreso. –Perdón, Orejas, mira, ¿ves esa cámara de agua? Ahí hay un agujero justo abajo, es un poco pequeño, pero si ambos cavamos podemos agrandarlo y, de esa forma, puedes quedarte conmigo. –La verdad es que no esperaba un acto tan noble, porque no recuerdo que alguien jamás lo hubiera hecho y, créanme, me emocioné profundamente y le pregunté: –Lengua, ¿estás seguro de que quieres compartir conmigo tu espacio?, tan solo nos conocemos hace unas pocas horas.

–Por supuesto que sí, Orejas; tú eres el primer amigo a quien bautizo, eres como un amigo-hijo o algo así y me siento responsable de ti. –Se acercó, me dio lengüetazos y juntos corrimos dando saltos y mordisqueándonos en señal de amistad. Tan solo llegamos nos pusimos a cavar con nuestras patas a toda prisa. Nuestra madriguera debía estar lista antes del anochecer.

En mi cabeza pasaban rápidas imágenes de lo que alcancé a vivir cuando era parte de la manada de personas y, lo cierto, la emoción que estaba sintiendo justo ahora no tiene comparación; por fin ya no estaría solo vagando sin rumbo, rehuyendo tantos peligros y situaciones que, para un cachorro como yo, son muy difíciles y desafortunadas.

Cavamos y justo antes del anochecer terminamos; incluso nos quedó tiempo y energía para hacer algunos retoques de seguridad por si el bravucón de Jonás, el terrible, u otro perrote grande, matonesco, quisiera intentar atacarnos. La verdad es que quedó muy buena. –Ok –dijo lengua–, ya hemos terminado. ¿Qué te parece si ahora te hablo un poco de lo que es este lugar? –Bueno –dije con entusiasmo y con la alegría que sentía por todo lo que estaba sucediendo; hasta le di de lengüetazos al tiempo que corríamos hasta el centro de la plaza, casi en el límite del territorio de Jonás, el terrible.

Llegamos junto a un gran árbol y, a un costado de él, había una placa de cemento escrita en el idioma de los humanos y Lengua comenzó a decir: –Bueno, esta plaza fue fundada en el año mil novecientos dos por la Municipalidad de Santiago. Frente a ella se construyeron grandes mansiones. Esa, por ejemplo (y me indicó una casona muy grande color marrón), fue construida en el año mil novecientos cinco para la familia García de Cáceres, dueña de todo este lugar... –Espera un poco –lo interrumpí–, –¿cómo es que sabes leer como los humanos?

Se echó a reír y a dar brincos... –No, por supuesto que no, pero he estado aquí tantas pero tantas veces escuchando cuando las personas leen esta placa, que creo saber de memoria todo lo que dice, por eso es que te cuento todo esto, pronto podrás oírlo tú también cuando lo hagan, jajaja –seguía riendo–. Te engañé, pensaste que sabía leer como los humanos. –Así era Lengua, espontáneo y muy gracioso. Todo el tiempo estaba de buen humor y me hacía reír a cada rato con cualquier estupidez que se le venía a la cabeza...

El tiempo fue pasando casi sin darme cuenta. Todos y cada uno de los días que estuve junto a mi amigo fueron días felices; juntos nos las arreglábamos para conseguir alimento diariamente, hacíamos gracias y coreografías a la gente para ganarnos sus afectos y, de esa forma, conseguir que nos dieran algo. Ese truco jamás fallaba. Todas las mañanas, Lengua se echaba ansioso mirando hacia la panadería de la esquina, por donde debía aparecer su dueño a buscarlo, cumpliendo lo que prometió aquella vez que lo abandonó.

Verlo me llenaba de tristeza. Dentro de mí algo me decía que eso jamás ocurriría y que Lengua moriría de viejo en esta plaza. Obviamente jamás le hice saber mis aprehensiones, lo estimaba mucho para ser yo quien matara esa esperanza